

El sentido de ser socio de ACDE

¿Qué une a las personas que estamos en ACDE, a quienes participan de sus actividades, a los que han sido parte de su historia marcada por la coherencia y el compromiso, a los que se acercan por primera vez, a los amigos y a los que de manera totalmente desinteresada nos dan su apoyo? ¿Qué es lo que convoca tanto a jóvenes como a los que lo fueron 40 o 50 años atrás? ¿Qué es lo que hace que gente que hace tiempo que no participa de las actividades de ACDE escriba sentidas cartas señalando su orgullo por pertenecer a esta institución? ¿Qué es lo que hace que importantes dirigentes del ámbito empresario y de otros órdenes de la vida social reconozcan en ACDE a una organización que se destaca por su capacidad para unir a las fragmentadas partes de la sociedad? ¿Qué es lo que hace que tengamos una fundada esperanza en que vale la pena entregar buena parte de nuestro tiempo y energías a fortalecer y desarrollar esta institución para el bien común de la Argentina?

Muchas veces me formulo estas preguntas y siempre encuentro la misma respuesta: lo que nos une son los socios de ACDE. Son las personas que la conforman y aquellas que están vinculadas de un modo u otro con la institución, quienes nos atraen, nos convocan y nos motivan a participar en las actividades que realiza. Muchos dirán que en realidad son los valores que ACDE ha defendido, difundido y desarrollado a lo largo de los años lo que los mueve a acercarse. Mucho de razón hay en esto. Sin embargo, no es menos cierto que en realidad esos valores se hacen carne en las personas que los aplican, o al menos lo intentan sinceramente. Además, la participación en ACDE es individual, los socios no representan intereses de ninguna empresa o sector, financian personalmente, en la mayoría de los casos, su participación en ACDE y su afiliación surge de un acto de voluntad y de total libertad (no lo "anota" la empresa). Por ende, su participación es independiente y responde sólo a sus convicciones personales y de conciencia. Por ello, cuando pienso en lo que nos une, pienso en los socios.

En primer lugar, pienso en nuestro primer presidente, Enrique Shaw. Él es, sin duda, un ejemplo cabal de empresario cristiano. Creo que es sumamente iluminador leer alguna de sus biografías para comprender su estatura moral y espiritual, su dedicación a los valores que profesamos y su entrega al prójimo. No fueron épocas fáciles las que él tuvo cuando fundó ACDE con un grupo de amigos. Sin embargo, es evidente que la aparente adversidad le sirvió como motor para emprender con más ahínco aún la tarea de crear una asociación que nuclease a empresarios comprometidos con el país y que compartiesen valores trascendentes. Debemos reconocer ese origen como "marca registrada", nos imprime un carácter muy especial.

Pienso también en la gran cantidad de socios que han contribuido a que ACDE mantuviese una línea de conducta a lo largo de estos más de 50 años de existencia. Gracias a ellos es que hoy podemos mirar con orgullo hacia atrás y reconocer la fortaleza de los valores que supieron mantener y preservar para futuras generaciones de dirigentes empresarios. Por ello, para ACDE no es nuevo en absoluto el tema de la responsabilidad social o moral del empresario. No es que hayamos llegado recientemente a la conclusión de que el empresario es un dirigente social y como tal se debe a la sociedad, además de asegurar que cumple lo más cabalmente posible con su función de desarrollar la empresa con una perspectiva de largo plazo. Todo lo contrario. ACDE ha desarrollado una importante fuente de pensamiento, casuística y experiencia en estos temas, ya que desde el comienzo éstas fueron preocupaciones de sus dirigentes. Por ello es que hoy nos resulta natural desarrollar programas como el de Empresa y

Valores, impulsado por un grupo de socios que trabaja en ello desde hace cuatro años, pero que se nutre, entre otras fuentes, de lo que se practicó en nuestra asociación desde su fundación.

El carácter ecuménico de ACDE, ligado al hecho que es una asociación civil independiente, tiene también matices que impactan en la participación del socio. Por lo pronto, el no tener que seguir una línea externa sino la posibilidad de construirla por nosotros mismos. Y, en el mismo sentido, de participar desde nuestras respectivas posiciones en el mundo empresario con aportes a la Doctrina Social de la Iglesia, toda vez que ésta es una obra que se enriquece con el paso del tiempo y en la cual podemos tener un rol relevante. Desafío importante, si los hay, ya que de nosotros depende en gran parte.

Más contemporáneamente, pienso en los socios actuales, que se acercan de modo creciente a ACDE para participar en el desarrollo de actividades, formarse, vincularse, y compartir con amigos, experiencias actuales y visiones de futuro. Pienso en los jóvenes, que quieren formarse para enfrentar mejor los desafíos profesionales del inicio de sus carreras, muchas veces en conflicto con los deseos y necesidades de comenzar a formar sus propias familias. Pienso en las oportunidades que los mayores tenemos de poder compartir objetivos comunes y trabajar conjuntamente, en un ambiente caracterizado por la amistad, el desinterés personal y la búsqueda del bien común. Y allí encuentro una gran riqueza al comprobar que comparte estas tareas gente muy variada: empresarios de grandes organizaciones, profesionales independientes, propietarios de pequeñas empresas e incluso buenos profesionales afectados por las reestructuraciones empresarias de los últimos años. Pienso en la generosa transmisión de experiencias de los mayores a los más jóvenes. Pienso en las iniciativas que van surgiendo a diario por parte de grupos de socios con intereses comunes. Pienso en el creciente número de socios nuevos. Pero también pienso en las personas que pueden formar parte de ACDE en el futuro, ya que muchos estamos convencidos de que aún hay mucha gente que no está en la institución y que, sin embargo, comparte nuestros valores.

Lo que nos une a lo largo del tiempo, a través de las generaciones, amalgamando a gente tan diversa, es un interés común: el de desarrollar todas nuestras actividades empresarias, profesionales, familiares y sociales, con la mayor coherencia posible entre lo que pensamos y creemos y lo que hacemos todos los días. Es este afán de coherencia el que nos mueve a intentar ser un poco mejores cada día. Esto lo podemos lograr ya que la guía que tenemos es la fe en Cristo, que desde el Evangelio y mediante la Doctrina Social de la Iglesia, nos da la luz, la templanza y la fortaleza para seguir avanzando en pos de una Argentina de la que nos podamos sentir verdaderamente orgullosos, tal como la postulamos en la Visión del Bicentenario.

ACDE además nos ayuda dándonos un marco referencial y social para fortalecernos y ayudarnos mutuamente. Y nos permite participar activamente a través de muy diversas formas en la construcción del bien común para todos los argentinos en función de nuestras capacidades, disponibilidades y gustos, a través de los distintos roles que puede cumplir un socio de ACDE, todos ellos importantes; con la participación activa en comisiones, en la elaboración de proyectos, documentos, etc., con su contribución de cuota social para sostener las actividades de la institución, con su apoyo a través de sumar su nombre al conjunto de socios, convocando a amigos o conocidos a sumarse a ACDE, promoviendo en sus respectivos lugares de trabajo lo que en ACDE se hace y las modalidades de comportamiento que se quieren defender.

Por estos motivos, cuando pienso en el sentido que tiene ser socio de ACDE en los tiempos actuales, no puedo menos que alegrarme de que haya tanta gente que comparte los mismos valores y tiene los mismos objetivos. Estoy convencido, además, de que se está produciendo un fuerte efecto de masa crítica que nos da mayor confianza y nos permitirá proyectarnos a futuro con más empuje. Debemos asumir que tenemos una misión en nuestras manos. De nosotros depende poder realizarla. De todos nosotros.

Alejandro Preusche
Revista EMPRESA